



Instituto Politécnico Salesiano
PAMPLONA

6 de enero de 1893

11 de julio de 1982

D. Juan Miret Martorell
Salesiano Coadjutor

1.- En pleno verano, en plenas fiestas populares de San Fermín y a pleno día, silenciosamente, como había vivido, se nos fue a la casa del Padre.

Los veinte últimos años de su vida estuvieron marcados por su dedicación casi exclusiva, retirado en su habitación, a preparar su encuentro con el Señor, que desde hace tiempo ya veía cercano.

Los que convivíamos con él casi nos habíamos acostumbrado a sus frecuentes alusiones al fin de su vida y no creíamos que iba a llegar en forma tan rápida.

Dos días antes habíamos advertido cierta ligera indisposición a la que ni el médico ni los que le rodeábamos dimos gran importancia, pensando más bien fuera consecuencia de los agobiantes calores que en aquellas fechas sufrimos. No obstante le atendimos fraternalmente según las indicaciones del médico y dada la cercanía de su habitación en nuestra nueva residencia de la Comunidad le hacíamos frecuentes visitas tratando de complacer sus gustos.

Cuando el médico amablemente le preguntó si sentía algún dolor, él, con su fino sentido del humor que todos recordamos, le contestó sumisamente:

—Ochenta y nueve años.

El día de su muerte había comulgado, aunque con más dificultad que otros días e incluso había tomado un frugal desayuno al término del cual, le habíamos visitado varios salesianos con el Director bromeando familiarmente con él. Estábamos muy ajenos a pensar que su vida iba a concluir al cabo de tres horas.

En efecto, varios hermanos le visitaron brevemente a lo largo de la mañana, hasta que uno advirtió su final al visitarle por última vez. Acudimos rápidamente los que nos hallábamos en casa en ese momento y procedimos a la administración de los Sacramentos y a hacerle la recomendación del alma.

No debemos apenarnos no obstante de esta separación callada e imprevista, pues como hemos dicho llevaba muchos años dedicado a la preparación de este momento, sobrellevando con paciencia y calma los numerosos achaques que ya en su plenitud de vida había comenzado a sufrir y a cuidar con una meticulosidad y programación que bien conocíamos todos.

Como muy bien dijo D. Francisco Varela, su sobrino, en la homilía del funeral «esta fue su tarea».

Al Sr. Miret podrían aplicársele muy bien aquellas palabras que nuestro poeta José M.^a Pemán dice en un poema dedicado a la soledad de María:

Quiero yo que el alma mía
tenga, de sí vaciada,
su soledad preparada
para la gran compañía.
Con nueva paz y alegría
quiero, por amor, tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte
que cuando venga la muerte
le quede poco que hacer.

2.- Al día siguiente, lunes, se realizó el entierro en el panteón que la Comunidad tiene en el cementerio de la ciudad. Al medio día celebramos el funeral en nuestra iglesia de María Auxiliadora. Presidió la concelebración el Sr. Inspector Don Matías Lara, junto con el sobrino del finado Don Francisco Varela que vino de Barcelona (Sarriá) con otros salesianos. Concelebraron muchos salesianos de la inspectoría así como otros hermanos incluso de otras inspectorías, que al enterarse de la triste nueva pudieron unirse a nosotros.

Pese a que las fechas dificultaron no poco la información, fue muy nutrido el grupo tanto de salesianos venidos de fuera como miembros de la familia salesiana de la ciudad que se congregó en el templo para encomendar al querido hermano, uniéndonos a los familiares venidos de Cataluña.

3.- El Sr. Miret había nacido el año 1893 en Villafranca del Penedés (Barcelona) en el seno de una familia muy cristiana. Sus padres, Marcelino y Concha, sintieron la bendición del Señor en su hogar con la llamada a la vida religiosa de su hijo Juan.

En 1911 terminaba su noviciado y, hecha la profesión religiosa fue destinado a nuestra casa de Sarriá donde estuvo hasta el año 1937, incluido el tiempo de su servicio a la Patria.

En esta fecha llegó destinado a la casa de Pamplona de la que ya no salió. Vino como Maestro de Talla, alternando esta ocupación con la de enfermero y asistente.

Durante la guerra civil hubo de sufrir persecución. Alguna vez se libró de ser capturado por su proverbial habilidad en el teatro, desempeñando entonces el papel de «hacerse el tonto».

Su maestría en interpretar papeles teatrales y en dirigir con toda meticulosidad las diversas representaciones que se hacían fue una de sus más peculiares características por la que es recordado y admirado aún hoy día.

4.- Su notoria sensibilidad estética quedaba plasmada en su actuación como maestro de talla. En este campo se mostraba duro y recio. «Exigía mucho, dice uno de sus antiguos alumnos. A veces con energía, según las costumbres y sistemas de aquellos tiempos. Pero era muy competente profesionalmente. Quedábamos desconcertados ante el contraste de hilaridad que nos ofrecía en su otra faceta: la del teatro. ¿Será posible que sea el mismo? Nos preguntábamos todos asombrados. Aunque guardaba las distancias de profesor a alumno, siempre estaba cerca de nosotros para ayudarnos y orientarnos, para animarnos.»

«Para mí —sigue diciendo el Sr. Ridruejo— el Sr. Miret representa toda una época y un estilo de vida».

Lo recuerda también como amigo del Sr. Agripino Méndez. «Formaban entre ambos un conjunto muy singular. Parecían una copia viviente de los personajes inmortalizados por Cervantes en su obra cumbre.» Efectivamente, así como el Sr. Agripino (q.e.p.d.) era pequeño de estatura y un tanto obeso, el Sr. Miret era

delgado, vestía con elegancia y se presentaba con un aire señorrial completado con su elegante sombrero y su peculiar y cuidado bigote.

Como poeta y artista que era, tenía gestos y modales que lo acreditaban siempre como tal. Para negar o afirmar algo casi siempre hacía algún pausado ademán. A veces se ponía serio, erguía la cabeza y con el índice de la derecha bien extendido, en movimiento pendular, decía: «No, no... esto no me gusta, esto no está bien».

5.- Como virtudes que destacaban en él debemos mencionar su laboriosidad y su humildad, junto con su piedad, unidas a un gran respeto y obediencia a los Superiores.

En sus apuntes espirituales podemos leer como consigna que tomaba para sí: «Ser humilde, condescendiente, amable, recatado. Vivir en Cristo».

Compañeros de él, como el Sr. Parreño que ha compartido con él la mayor parte de su vida, subrayan su amabilidad en el trato, su fina educación y sus modales atentos, llenos de delicadeza.

Don Modesto Bellido admira en el Sr. Miret «la serenidad de su espíritu en los momentos difíciles de la guerra, así como su humor y alegría» dotes muy características de él.

Como educador, le recuerda el Sr. Arín, discípulo suyo, corrigiendo el mal hablar de los alumnos, aconsejando, contando historietas y anécdotas; enamorado de su trabajo y entregado a él con toda su alma.

El Sr. Garrués, que ha compartido con él gran parte de su vida, destaca como característica primordial su piedad y religiosidad, siempre devoto, observante y cumplidor; obediente a cuanto los superiores le indicaban, y con los cuales era muy obsequioso, no sólo de palabra sino también por sus escritos.

Todos conocíamos estos rasgos característicos del Sr. Miret observados en nuestra convivencia.

Pero en sus apuntes espirituales encontramos rasgos muy significativos de su vida interior. En ellos podemos leer expresiones como éstas:

«San Francisco de Sales aconsejaba la generosidad.»

«Vida interior, renunciar a las propias ideas.»

«Los que mortifican son los mejores amigos.»

«El alma que no va por el camino del amor, tarde o temprano cae» (S. Francisco de Sales).

«El alma hará todos los sacrificios que pide el amor, y el examen de un almá que empieza a ascender es el sacrificio pasado al estado de regla de vida.»

«San Juan Bosco se vengó del insulto rezando por su ofensor: expiación por el sacrificio.»

«Cuaresma: expiar amando a través de los roces fraternos...»

«Hoy no he sufrido: Dios no se ha acordado de mí.»

La mayoría de estas máximas y pensamientos y otros muchos que podríamos enumerar, son frases leídas u oídas por él, pero nos indican que el Sr. Miret no era ajeno al sufrimiento ni estaba libre de esa prueba purificadora.

6.- Ya hemos dicho que el Sr. Miret era poeta. Al menos él se sentía tal. Como era muy ordenado, guardaba cuidadosamente sus escritos. En la casa inspectorial de Bilbao se guarda (así él lo quería) una buena colección de sus poemas. La mayoría de ellos estaban dedicados a hermanos de la casa con motivo del cumpleaños u onomástica.

En las fiestas importantes era gracioso verle asomar a la hora de los postres, por la puerta del comedor, con su sombrero de paja, arrastrando sus pies en sus silenciosas zapatillas, la sonrisa en sus labios. Un emisario de su confianza le había

precedido cerrando puertas para evitar las corrientes de aire según sus indicaciones y le abría la puerta por la que entraba gozoso el Sr. Miret mientras se entonaba invariablemente su canto de acogida, el famoso villancico de Don Cagliero «Gloria in excelsis Deo» mientras él avanzaba lenta y solemnemente saludando a derecha e izquierda con gesto elegante y sonrisa amable. Al llegar cerca de la presidencia, besaba o estrechaba la mano, hacía reverencia profunda al homenajeado y tras conseguir con dificultad el silencio de la asamblea, se disponía muy solemne a leer su poema. En los últimos años, ya muy debilitada su voz, encomendaba la empresa a un lector al que previamente instruía sobre la modulación y entonación que debía dar a ciertas expresiones, contentándose él ya con la ceremonia de la presentación y la despedida.

Detallamos este particular como exponente de su espíritu alegre, y de su amabilidad en un marco de encantadora sencillez en contraste con los momentos a veces difíciles de la vida ordinaria.

7.- Hemos mencionado su vida de piedad. En los últimos años en que no podía bajar a la iglesia, gustaba a veces de ir al coro para participar en la Eucaristía. Durante muchos años se le llevaba la Comunión a su habitación. Más tarde, para mayor comodidad en sus horarios de descanso, fue autorizado para comulgar de su mano. Lo hacía con verdadero fervor y unción en la capilla de la Comunidad, donde se pasaba largos ratos en oración personal.

Ultimamente, ya en la nueva residencia de la Comunidad, un hermano le llevaba diariamente la comunión e incluso algunos días celebraba la Eucaristía en su habitación para darle ese consuelo. El mismo preparaba la mesa con primor y participaba con gran devoción.

Ni que decir tiene que su devoción a María Auxiliadora, tantas veces mencionada en sus escritos familiares, era ardientemente filial, como corresponde a un auténtico salesiano. Una de sus invocaciones favoritas era: ¡«Madre mía, esperanza mía!».

A Don Bosco le obsequiaba con la admiración, el respeto y la devoción de un hijo orgulloso de tal Padre.

En sus largas horas de inevitable soledad, vivió intensamente la presencia y la unión con Dios y en sus achaques y debilidad corporal sintió la certeza esperanzadora de que «El es mi fuerza, mi roca y mi salvación».

Hermanos: estamos firmemente persuadidos de que nuestro querido Sr. Miret cumplió perfectamente su «tarea». Guardamos el recuerdo de sus virtudes y ejemplos y confiamos plenamente en la amorosa acogida del Padre. Confiamos en vuestras oraciones por si aún las necesitara para llegar al abrazo definitivo del Padre. Con gratitud y fraterno afecto.

LA COMUNIDAD DE PAMPLONA

Pamplona, 7 octubre 1982.

DATOS PARA EL NECROLOGICO: Coadjutor Juan Miret Martorell. Nació el 6 de enero de 1893 en Villafranca del Penedés (Barcelona). † el 11 de julio de 1982 en Pamplona, a los 89 años de edad y 71 de profesión religiosa.